

LA RELIGIÓN IBÉRICA A TRAVÉS DE LAS NECRÓPOLIS

M. P. García-Gelabert Pérez

La religión ibérica parece ser religión de un gran pragmatismo.

Las normas religiosas de comportamiento de todas las sociedades de tecnología simple se centran, sobre todo, en las incertidumbres de la existencia. El hombre de tales sociedades es más instintivo que el de niveles superiores, de ahí que su religión esté impregnada de un alto grado de naturalismo. Prioritariamente sus cultos son paralelos a las manifestaciones generales que constituyen la base de su vida material: el cielo, las estaciones cambiantes, los fenómenos atmosféricos, lluvias, vientos, tormentas, terremotos; la tierra y sus frutos exteriores e interiores, los animales, etc. Como escribe M. Eliade¹, «en los niveles arcaicos de la cultura general de la humanidad el vivir del ser humano es ya de por sí un acto religioso, pues tomar alimento, ejercer la sexualidad y trabajar, son actos de un valor sacramental».

En esta línea se encuentra la religión ibera, hecho en el que nos afirmamos con J. M. Blázquez², quien aludiendo a la religión ibera dice: «El ibero busca en el culto una utilidad práctica. Parece estar la religión ibérica, en cuanto al concepto de la divinidad, muy próxima a la romana primitiva, en la que numerosos textos y documentos prueban su culto a las montañas, a las aguas o a los árboles. Se trata de una primera evolución del sentimiento de lo sagrado, que lo personaliza, pero todavía con un carácter muy vago, menos rico que el que expresa la idea de un

dios. La ibérica es una religión nacional y naturalista y como todas ellas gira, como si fuera su propio eje, en torno a la idea de salud, en su más amplio sentido, esto es, conservación e incremento de la vida en todos los niveles, desde el cósmico al agrario, desde el colectivo al individual»

Si en la vida cotidiana el hombre necesita del concurso de la divinidades, indudablemente, al enfrentarse con la muerte esta necesidad se acentúa fuertemente. De ahí que son pocos los pueblos que en relación con la muerte no hayan dejado su testimonio de una creencia, más o menos rudimentaria, en la existencia de algún tipo de vida de ultratumba, testimonio que se concreta en los complejos rituales que suelen acompañar a las prácticas funerarias, cuyo último fin, en primera instancia, es la negación del ser humano a desaparecer definitivamente.

En las necrópolis ibéricas son múltiples y numerosos los ritos funerarios relacionados con el enterramiento de un individuo. Para analizarlos centramos el estudio en la necrópolis del Estacar de Robarinas perteneciente al gran complejo arqueológico de Castulo (Linares, Jaén). Dicha necrópolis se halló en funcionamiento durante un período de tiempo que resulta muy concreto, finales del siglo V hasta la primera mitad del siglo IV a. C., fechas proporcionadas por la cerámica ática hallada en sus enterramientos y por otros elementos materiales de los ajuares con valor cronológico³.

¹ *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*, I, Madrid 1974, pág. 15.

² *Primitivas religiones ibéricas. Religiones prerromanas* II, Madrid 1983, págs. 115-116; bibliografía sobre religiones ibéricas primitivas, cf. págs. 315 ss.

³ M. P. GARCÍA-GELABERT, *La necrópolis del Estacar de Robarinas, Jaén: ritos y creencias*, Madrid 1988. Sobre la necrópolis de Robarinas consúltense asimismo: J. M. BLÁZQUEZ, J. REMESAL, «La necrópolis del Estacar de Robarinas», en J. M. BLÁZQUEZ, *Castulo* II, *EAE* 105, 1979, págs. 347-

Los componentes materiales y rituales de la necrópolis del Estacar de Robarinas, con las consiguientes variantes locales que afectan a la forma y no al fondo, son muy semejantes a los de las diversas necrópolis ibéricas existentes no sólo en el área⁴ sino en la Alta Andalucía en general, con similar datación, cuales son, entre otras las de Castellones de Ceal⁵, La Guardia⁶, La Loma de Peinado⁷, Galera⁸, Toya⁹, Ba-

404. También los siguientes trabajos: A. BLANCO, «El ajuar de una tumba de Castulo», *Oretania* 19, 1965, págs. 7-60. J. M. BLÁZQUEZ, J. REMESAL, «Hallazgos en la necrópolis oretana de Castulo», XIII *CAN* (Huelva 1973), Zaragoza 1975, págs. 639-658. J. M. BLÁZQUEZ, J. REMESAL, J. L. RAMÍREZ, J. VALIENTE, «La necrópolis oretana de Castulo, campaña de 1976», VIII *Symposium internacional de Prehistoria Peninsular* (Córdoba 1976), 1979. J. M. BLÁZQUEZ, M. P. GARCÍA-GELABERT, «Estudio de los fragmentos escultóricos hallados en la necrópolis del "Estacar de Robarinas" Castulo», *AEspA* 57, 1984, págs. 171-176; id., «Análisis de los pavimentos de cantos rodados de Castulo (Linares, Jaén)», *Arqueología* 51, 1985, págs. 13-22, id., «Nueva campaña de excavaciones en la necrópolis oretana del Estacar de Robarinas, Castulo, Linares», XVII *CAN* (Logroño 1983) Zaragoza 1985, págs. 535-548 entre otros.

⁴ En el área de Castulo, con similar datación se encuentran las necrópolis de Los Patos, J. M. BLÁZQUEZ, Castulo I, *Acta Arqueológica Hispánica* 8, 1975, págs. 41-121. Baños de la Muela, J. M. BLÁZQUEZ, Castulo I, págs. 123-218. Casablanca, J. M. BLÁZQUEZ, Castulo I, págs. 219-226. Molino de Caldon, A. ARRIBAS, F. MOLINA, «La necrópolis ibérica del Molino de Caldon (finca Torrubia)», *Oretania*, 28-33, 1968-69, págs. 160-229. Y el túmulo de «Los Higuerones», J. R. SANCHEZ MESEGUER, «Los Higuerones», en J. M. BLÁZQUEZ, Castulo II, págs. 321-346.

⁵ C. FERNÁNDEZ CHICARRO, «Prospección arqueológica en los términos de Hinojares y la Guardia (Jaén)» *BIEG* 6, 1955, págs. 89-99 y *BIEG* 7, 1956, págs. 101-120

⁶ A. BLANCO, «Excavaciones arqueológicas en la provincia de Jaén», *BIEG* 22, 1959, págs. 89-125.

⁷ J. MALUQUER, «La necrópolis de la Loma de Peinado, Casillas de Martos (Jaén)» *PIP* VI, Barcelona 1984.

⁸ J. CABRÉ, «La necrópolis de Tútugi», *BSEE* XIX, 1921. J. CABRÉ, F. MOTOS, «La necrópolis ibérica de Tútugi», *MJSEA* 25, 1920.

⁹ J. CABRÉ, «El sepulcro de Toya», *AEAA* I, 1925. A. FERNÁNDEZ DE AVILÉS, «La cámara de Toya», *AEspA* 49, 1942, págs. 344 s. C. DE MERGELINA, «Tugía. Reseña de unos trabajos», *BSEAA* X, 1943-44. A. GARCÍA Y BELLIDO, «La cámara de Toya y sus paralelos mediterráneos», *Actas y Memorias de la SEAE* XV, 1935; id. «Arte Ibérico», *Historia de España. España prerromana*. I, 3, Madrid 1954; id., *Hispania Graeca* II, Barcelona 1958; id., «El Arte Ibérico», *Ars Hispaniae* I, Madrid 1947.

za¹⁰, cuyo índice se reveló semejante al de Castulo. En el Sudeste, asimismo, en Guardamar, Alicante, la necrópolis de Cabezo Lucero¹¹, es excepcionalmente similar a la del Estacar de Robarinas. Conociendo, pues, el rito de una de ellas, en este caso el rito de la necrópolis de Castulo se conoce el de las restantes. Es esta una época en la cultura ibérica de gran homogeneidad en la cultura material y espiritual.

El ritual funerario, acorde con el carácter de la religión ibérica es el de la cremación del cadáver en una pira, formada en la mayoría de los casos con ramaje de encina. Este árbol, antiguamente muy abundante en la región de Linares, tiene una madera de alto poder calórico.

Se formaba la pira en un lugar cercano a la necrópolis o en la misma, según los casos. En Robarinas no se han encontrado *ustrinia* asociados a las tumbas, como norma general, sino más bien separados de ellas. Hubo *ustrinia* para uso colectivo y otros sólo para uso limitado a un grupo familiar e incluso *ustrinia* individuales.

En la mayoría de los casos los huesos se depositaron en unión de los ajuares personales y de las ofrendas, también calcinados, así como las cenizas de la pira, en un ligero hoyo excavado en la roca, previamente recubierto de arcilla.

¹⁰ F. PRESEDO, «La dama de Baza. Estudio preliminar de su contexto arqueológico», *Trabajos de Prehistoria*, 30, 1973, págs. 151 ss.; id., «La necrópolis de Baza», *EAE*, 119, 1982. También J. CABRÉ, «Efemérides de excavaciones arqueológicas. La necrópolis tartesio-bastitana de Basti (Baza, Granada)», *AEspA*, 20, 1947, págs. 310-327.

¹¹ A. RAMOS FOLQUÉS, «Cerámicas de Cabezo Lucero (Rojales)», *AEspA* XLII, 1969, págs. 26-36. C. GONZÁLEZ ZAMORA, «Otro estuche de alguna dama en el poblado ibero de Cabezo Lucero», *Boletín Asoc. Amigos de la Arqueología* 3, 1975, págs. 20-23. E. LLOBREGAT, «Tumbas ibéricas en Guardamar», *Aitana* I, 1980, págs. 2-26. A. JODIN, E. LLOBREGAT, P. ROUILLARD, J. UROZ, «Fouilles du site ibérique de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante). Première campagne, 1980», *MCV* XVII, 1981, págs. 521-530. P. ROUILLARD, «Fouilles du site ibérique de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante). Deuxième campagne, 1981», *MCV* XVIII, 1982, págs. 427-436. C. ARANEGUI, A. JODIN, E. A. LLOBREGAT, P. ROUILLARD, J. UROZ, «Fouilles du site ibérique de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante). Troisième campagne, 1982», *MCV* XIX, 1983, págs. 487-496; id., «Fouilles du site ibérique de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante). Quatrième campagne, 1984», *MCV* XXI, 1985, págs. 393-404. E. A. LLOBREGAT, «Cabezo Lucero», en *Arqueología de Alicante 1976-1986*. Adenda I: *Vega Baja del Segura*, Alicante 1986, págs. 14-16.

La incineración se debió transportar desde el *ustrinum* a la sepultura, no sabemos por qué medios, aún candente, porque el barro de recubrimiento se endureció, quizá resultado de una combustión interna provocada por las brasas. Posteriormente se tapaba con otra capa de arcilla y se erigía una superestructura conforme a la categoría social del individuo enterrado.

Cabe apuntar la idea de un rito purificador de la tierra antes de introducir el cadáver, quemando maderas, resinas, inciensos u otros productos o plantas aromáticas. Al tratarse de maderas densas, las partes finales de los troncos o ramas son las menos incineradas, pero en parte sometidas a destilaciones por su proximidad al fuego, pero sin llegar a arder y, son precisamente estos restos lignificados, los que se han descubierto en los enterramientos, que pueden estar indicando la posibilidad aludida de un rito inicial purificador.

Es importante en los enterramientos de Robarinas la adecuación del espacio destinado a recibir el cadáver, mediante una gruesa capa de arcilla roja, muy pura, apisonada. Pudo ser una manera de aislar los restos humanos y de ajuar de la tierra de base, una forma de purificar el espacio con tierra pura, extraída de la cantera, no contaminada con ningún vestigio material.

El recubrir con arcilla la fosa donde han de ser depositados los restos del difunto y su ajuar es un sistema comúnmente utilizado en las más diversas necrópolis ibéricas, anteriores y contemporáneas. En Castulo este tipo de recubrimiento interior de las sepulturas solamente se emplea, además de en Robarinas, en la necrópolis de Molino de Caldon¹². En la necrópolis de Castellones de Ceal las fosas fueron recubiertas con adobes o enlucidas de cal pura¹³, a nuestro parecer otra manera, muy semejante, del deseo de proteger las cenizas del difunto contra todo evento procedente del mundo exterior. En la necrópolis de La Guardia se revistió el interior de la cámara de la tumba I con piedra de superficie plana, en cambio el interior de la cámara de la tumba 16 se revistió de tierra apisonada¹⁴. En la necrópolis de La

Bobadilla el suelo de la cámara A se hallaba regularizado con arcilla virgen¹⁵. En Baza las paredes y piso de la excavación practicada en el terreno de base para recibir las urnas se recubre de una capa de adobe o tierra apisonada¹⁶. Semejante tipo de preparación interior se advierte en las necrópolis del Sudeste y Levante. En Cabezo Lucero, arcilla apisonada blanquecina o verde pálido fue colocada como piso de las tumbas¹⁷. En los enterramientos de la gran necrópolis tumular del Cigarralejo el nicho donde se depositan los huesos suele estar enlucido con barro o yeso¹⁸. En necrópolis alejadas cronológicamente de la de Robarinas también se observa la adecuación del ámbito sepulcral mediante capas de arcilla. Tal sucede en Medellín¹⁹, en la necrópolis de Setefilla²⁰, en los *busta* de los túmulos A, B, C, F, de El Acebuchal²¹, en Cruz del Negro²², y en la sepultura turriforme de Pozo Moro²³, por citar algunos ejemplos.

116, fig. 33. Incineraciones en hoyo, con el mismo recubrimiento, tumbas 2, 3, 4, 5, 6, 7, 9, 10, 12.

¹⁵ J. MALUQUER, M. PICAZO, M. A. DEL RINCÓN, «La necrópolis ibérica de La Bobadilla (Jaén)», *Andalucía y Extremadura*, PIP IV, Barcelona 1981, pág. 17, fig. 13.

¹⁶ F. PRESEDO, «La necrópolis de Baza», tumba 44, pág. 86; tumba 45, pág. 87; tumba 46, pág. 87; tumba 47, pág. 89; tumba 48, pág. 89; tumba 61, pág. 103; tumba 67, pág. 109; tumba 72, pág. 114; tumba 82, pág. 125; tumba 87, pág. 132; tumba 119, pág. 162; tumba 136, pág. 187; tumba 148, pág. 198; tumba 157, pág. 217; tumba 169, pág. 224; tumba 170, pág. 226; tumba 172, pág. 226 y tumba 174 pág. 226.

¹⁷ C. ARANEGUI, A. JODIN, E. A. LLOBREGAT, P. ROULLARD, J. UROZ, «Fouilles du site iberique...», XIX, pág. 492.

¹⁸ E. CUADRADO, «Las necrópolis peninsulares de la baja época de la cultura ibérica», en *La baja época de la cultura ibérica*, Madrid 1981, pág. 61.

¹⁹ M. ALMAGRO GORBEA, *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*. BPH XIV, Madrid 1977, págs. 317, 379, 381 ss.

²⁰ M. E. AUBET, «La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla (Túmulo B)», PIP III, Barcelona 1978, pág. 169.

²¹ G. BONSOR, *Les colonies agricoles pre-romaines de la Vallée du Betis*, Paris 1899, págs. 30 ss.

²² G. BONSOR, *Les colonies agricoles...*, págs. 76 ss.

²³ M. ALMAGRO GORBEA, «Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica», *MM* 24, 1983, pág. 184. En nota 2, pág. 178, parte de la extensa bibliografía anterior sobre Pozo Moro.

¹² A. ARRIBAS, F. MOLINA: «La necrópolis ibérica del Molino de Caldon...», págs. 162.

¹³ C. FERNÁNDEZ CHICARRO, «Prospección arqueológica...», I, págs. 53-56; id., «Prospección arqueológica...» II, págs. 107.

¹⁴ A. BLANCO, «Excavaciones arqueológicas en la provincia de Jaén», tumba I, págs. 108, fig.6; tumba 16, pág.

En la necrópolis del Estacar de Robarinas los huesos contenidos en las urnas cinerarias²⁴ han aparecido completamente limpios de ceniza maderosa o ajuar. Son huesos generalmente largos, conservados perfectamente. Es posible que los huesos depositados en las urnas fueran anteriormente lavados. De la misma opinión acerca del lavado y tamizado de los huesos son los investigadores de las necrópolis de los Torviscales²⁵, Cabezo Lucero²⁶, Palomar de Pintado²⁷, Setefilla²⁸, Carmona²⁹, La Joya³⁰, Cruz del Negro³¹, Frigiliana³², Medellín³³, Motya³⁴ y Rachgoun³⁵, entre otros. Las cenizas resultantes pueden, o bien introducirse en un pozo previamente preparado para ello, como ocurre en Robarinas³⁶, o bien se colocan sirviendo de base a la urna, sobre la arcilla³⁷.

²⁴ En Robarinas existen dos tipos de tratamiento de los huesos calcinados. Uno se refiere al indicado en el texto, el otro consiste en que no se separan en absoluto los huesos de las cenizas, carbones y restos del ajuar, depositándose todo el conjunto sobre la arcilla preparada.

²⁵ D. VAQUERIZO, «La muerte en el mundo ibérico cordobés: la necrópolis de Los Torviscales (Fuente Tójar)», *Arqueología* 63, 1986, pág. 44.

²⁶ C. ARANEGUI, A. JODIN, E. A. LLOBREGAT, P. ROUILLARD, J. UROZ, «Fouilles du site iberique...», XIX, pág. 488.

²⁷ G. RUIZ, J. CARROBLES, «Una necrópolis ibérica tumular en La Mancha: Villafranca de Los Caballeros (Tolledo)», *Arqueología* 66, 1986, pág. 59.

²⁸ M. E. AUBET, «La necrópolis de Setefilla en Lora del Río...», pág. 155.

²⁹ M. BELÉN, «Tumbas prerromanas de incineración en la necrópolis de Carmona (Sevilla)», *Homenaje a C. Fernández Chicharro*, Madrid 1982, pág. 270.

³⁰ J. P. GARRIDO, «Excavaciones en la necrópolis de La Joya», Huelva», *EAE* 71, 1970, pág. 63; J. P. GARRIDO, E. M. ORTA, «Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva», II, *EAE* 96, 1978, tumba 15, pág. 46; tumba 18, pág. 127, doble, pág. 154.

³¹ G. BONSOR, *Les colonies agricoles...*, págs. 76 ss.

³² A. ARRIBAS, J. WILKINS, «La necrópolis fenicia del Cortijo de las Sombras (Frigiliana, Málaga)», *Pyrenae*, 6, 1969, págs. 191-192.

³³ M. ALMAGRO GORBEA, *El Bronce Final...*, pág. 379.

³⁴ V. TUSA, «La necropole arcaica e adiacenze», *Mozia* VII, *Studi Semitici* 40, 1972, págs. 34 ss.

³⁵ G. VUILLEMOT, «La necropole punique du Phare dans l'île Rachgoun (Orán)», *Libyca* III, 1955, pág. 10.

³⁶ M. P. GARCÍA GELABERT, *La necrópolis del Estacar de Robarinas...*, pág. 469.

³⁷ Este sistema se documenta en Setefilla, M. E. AUBET, «La necrópolis de Setefilla en Lora del Río...», pág. 155. En

Tal vez este lavado y tamizado de los restos formase parte de un ritual, de la misma manera que antes de la cremación los cadáveres debían ser lavados y preparados para la pira. Ejemplos de estos preparativos rituales se documentan en los textos, aunque, referidos a la Península en escaso número. Apiano (Iber 71) da cuenta de que el cadáver de Viriato fue vestido ricamente antes de ser colocado en la pira, mas no especifica la preparación anterior del cuerpo. En cambio en los textos homéricos el lavado del cuerpo antes de ser vestido se documenta en la descripción de los funerales dedicados a Patroclo (II. XVIII).

Asimismo, el empleo de ungüentos y perfumes debió ser usual, como medio de purificar el cadáver. Los ungüentarios, aparecidos entre los ajuares de los enterramientos de la necrópolis de Robarinas, pueden apoyar la hipótesis de que los cuerpos, depositados junto a estos ungüentarios eran ungüidos antes de ser quemados, con perfumes o ungüentos, no cremos fueran empleados después de la incineración. En los rituales seguidos en los entierros judíos se quemaban perfumes en gran cantidad como lo indica el libro segundo de las Crónicas refiriéndose al entierro del rey Asa (2, Cr. 16, 14. También en 2Cr. 21, 19), y el profeta Jeremías, aludiendo al entierro del rey Sedecías (Jr. 34, 5). El cuerpo se vestía, en la mayoría de los casos, según los usos con un traje preparado para la ocasión³⁸, o bien se envolvía en telas finas, como narra Homero³⁹. Sólo han llegado hasta nosotros, puesto que se quemaban lógicamente con el cuerpo, las fibulas y los broches de cinturón, así como determinados elementos de adorno del vestido femenino consistentes en cuentas de pasta vítrea.

Las mujeres se enterraban con collares, colgantes metálicos o de pasta vítrea, anillos, amuletos, broches, fibulas, pomos de perfumes, ungüentarios, fustayolas, etc. Los hombres, los guerreros, con sus armas. Las de filo cortante inutilizadas antes de ser

Palomar de Pintado, G. RUIZ, J. CARROBLES, «Una necrópolis tumular ibérica», pág. 59. En Cabezo Lucero, C. ARANEGUI, A. JODIN, E. A. LLOBREGAT, P. ROUILLARD, J. UROZ, «Fouilles du site iberique...», págs. 488 ss. En Medellín las cenizas restantes del tamizado de los huesos se depositan en los *busta*, a veces recogidas en los extremos, M. ALMAGRO GORBEA, *El Bronce Final...*, pág. 379.

³⁸ Tómese como ejemplo el cuerpo de Viriato según el texto de APIANO, Iber 71.

³⁹ II. XVIII.

entregadas al fuego de la pira, probablemente a consecuencia de alguna función ritual muy específica. De que los guerreros se quemasen con sus armas y con los arreos del caballo que le sirvió en vida hay constancia en el canto XI de la Odisea cuando Elpenor habla a Ulises: «quemame mi cadáver con las armas que me servían y erígeme un túmulo a la vera del espumoso mar».

De las ceremonias con que se acompañaba el cadáver a su sepultura restan en la necrópolis del Estacar de Robarinas los vasos de ofrendas, los cuales contenían alimentos sólidos o líquidos y se disponían alrededor de la urna cineraria o fosa. En la literatura griega se menciona frecuentemente la ofrenda de bebidas *choai* y vasos y cuencos encontrados en el interior y en el exterior de nuestras tumbas de Robarinas, áticos o de factura indígena, parecen los vestigios de estas libaciones, que se representan en la iconografía de los vasos áticos y en los relieves escultóricos⁴⁰. También los fragmentos de platos y vasos cerámicos diseminados en el área sepulcral pudieran referirse a los restos de la llamada en Grecia *perideipnon*, comida tomada en la tumba. Parte de los huesos de animales hallados, los pequeños depósitos que denominamos de ofrendas, las huellas de fuego, serían testimonio de tales comidas funerales, o en su caso, de ofrendas dedicadas al difunto, antes y después del enterramiento de sus restos⁴¹. Otros depósitos de ofrendas asociados a una o varias tumbas parecen hallarse en función de un ritual relacionado con el fuego. Suelen encontrarse dentro del cercado de piedra que limita tales depósitos, sobre la gruesa capa de arcilla pura que los cubre, numerosos vasos áticos de figuras rojas o barniz negro rotos intencionadamente. Hay también, sobre la misma, numerosos huesos de cerdo, conejo, buey y perro, sacrificados por los indicios, allí mismo, a juzgar por la posición

forzada del esqueleto de un perro en decúbito lateral izquierdo. En el ritual de Robarinas un capítulo importante lo componen las ofrendas de animales, cuyos restos se han recogido en excavación, quemados o no, en todo el ámbito sepulcral. El sacrificio de animales durante las ceremonias fúnebres y el añadir sus cuerpos o parte de ellos al conjunto del ajuar es una costumbre muy arraigada en los pueblos antiguos. En los funerales de Viriato «se inmolaron muchas víctimas» (APIANO, Iber. 71), cabe la posibilidad que entre ellas se contaran seres humanos, pero también habría animales. En Robarinas son comunes los sacrificios de caballos, que en la sociedad ibera debieron constituir un elemento importante en su economía y desarrollo. También son numerosos los sacrificios de bueyes, animales íntimamente asociados a un pueblo de ganaderos como el oretano. Huesos de cerdo se han hallado, aunque en menor número y, en general, animales domésticos de pequeño tamaño, incluyendo el perro. Están ausentes los animales de monte. Nuevamente acudimos a la Grecia arcaica para afirmarnos más rotundamente en la realidad de estos sacrificios de animales en Robarinas. Aunque somos conscientes de las disparidades entre el pueblo griego y el oretano, tenemos, por otro lado, la convicción de que el comportamiento primario ante la muerte, entre pueblos en un estadio medio de civilización, ha de ser en cierto modo similar, por lo que ante la escasez de textos para nuestras necrópolis peninsulares protohistóricas, hemos cedido, una vez más, a la tentación de referirnos a los textos que nos proporciona Homero. Ateniéndonos, pues, a ellos, se puede afirmar que en la Grecia arcaica el sacrificio de animales sobre las tumbas es de larga tradición, como se observa en la descripción de los funerales narrados en los poemas homéricos, durante los de Patroclo se sacrificaron muchas ovejas y bueyes, cuatro corceles y dos perros (Il. XXII); Ulises promete sacrificar a los muertos a su llegada a Itaca una vaca y en particular a Teresias un carnero negro, tras cuyas promesas tomó reses y las degolló (Od. XI); durante el funeral de Aquiles se rindieron grandes hecatombes de bueyes y ovejas (Od. XXIV).

Aunque parece lógico que la mayoría de las ofrendas se dedicasen al difunto, cabe dentro de lo posible, que determinado número de ellas se elevaran a las divinidades protectoras de los muertos.

Competiciones, procesiones, libaciones y juegos se hubieron de celebrar con ocasión de la muerte, en mayor proporción, lógicamente, durante el fallecimiento y posterior funeral de los personajes impor-

⁴⁰ D. C. KURTS, J. BOARDMAN, *Greek Burial Customs*, Londres 1971, págs. 145 ss. En este sentido es interesante la escena representada en una estela del Museo del Bardo, donde se ve una sacerdotisa dispuesta a verter su libación sobre un túmulo (cf. G. Ch. PICARD, *Les religions de l'Afrique Antique*, París 1954, pág. 33, fig. 2. sobre estas libaciones en las tumbas fenicias y púnicas, véase J. DEBERGH, *Atti de I Congresso Internazionali di Studi Fenici e Punici*, III, págs. 756 ss. Como punto de comparación véase, sobre los ritos funerarios de Chipre H. CANIMATIS, *Report of the Department of Antiquities Cyprus*, 1973, Nicosia 1973, especialmente págs. 116 ss. Sobre los rituales de la Grecia homérica, véase M. ANDRONIKOS, *Totenkult*, Gotinga 1968, passim.

⁴¹ D. C. KURTS, J. BOARDMAN, *Greek Burial...*, pág. 145.

tantes. En los funerales de Viriato «hicieron combatir ante su túmulo 200 parejas de gladiadores, honrando así su eximia fortaleza» (DIODORO 33, 21), «terminado el funeral celebraron combates singulares sobre su túmulo» (APIANO, Iber. 71). Los cánticos y bailes debieron constituir una parte importante del ritual funerario. Livio habla de movimientos guerreros, de danzas de los iberos durante la quema de los restos de Sempronio Graco (25, 17, 4). También los soldados de Viriato, tanto los de a pie como los de a caballo, corrían formados alrededor del túmulo, con sus armas, y cantaban sus glorias al modo bárbaro (APIANO, Iber. 71).

La heroización o divinización de los personajes, pertenecientes a las clases altas de la sociedad tendrían mucho que ver con la aplicación de danzas, combates, juegos y cánticos en los funerales. Acerca de la divinización de personajes importantes, en los textos, referidos a la población indígena en la protohistoria, sólo se puede constatar en Polibio (10, 10, 1) cuando al describir Cartagena menciona las colinas que circundan la ciudad, una de las cuales es nombrada Aletes «quién por haber hallado las minas de plata, según dicen, logró los honores divinos».

En la plástica de la época se plasmaron las danzas, competiciones, procesiones y juegos, probablemente muchos de carácter funeral. Escenas de este tipo figuran en la pátera de Santisteban del Puerto⁴², en numerosos vasos griegos⁴³, en los vasos ibéricos de Liria y de Tossal de Manises⁴⁴, en los relieves de Osuna⁴⁵ en los que se reproducen, con diverso grado de naturalismo, competiciones, procesiones con antorchas y juegos. En Torre de Benzalá (Torredonjimeno, Jaén) se encontró un fragmento de una caja de caliza,

parte de una esquina, en una de cuyas caras se representa una figura tocando la doble flauta; otra sostiene un instrumento que parece una trompa o cuerno⁴⁶. En una placa de piedra conservada en el museo provincial de Jaén se representa una danza oretana: los bailarines colocados de frente, vestidos con túnica corta o larga, están tomados de la mano⁴⁷. El carácter sagrado de las danzas queda de manifiesto en un exvoto de guerrero bailando, procedente del santuario del Collado de los Jardines⁴⁸. El mismo inicia un paso de danza. Lleva a la cintura falcata y en la mano izquierda la *caetra* delante del cuerpo. El brazo derecho lo levanta, probablemente llevaba en la mano una lanza.

Las danzas debieron desempeñar un papel importante, tanto en festejos como en rituales, en todo el ámbito del mundo antiguo. Entre los judíos tenemos un ejemplo fiable tomado de la Biblia⁴⁹.

De entre los restos encontrados en las necrópolis apenas se documentan piezas que prueben que las danzas y los cánticos eran acompañados por instrumentos musicales, no obstante están representados en la plástica. En Medellín, en el conjunto 9a, se encontraron dos crótalos, que probablemente estuvieron asociados a los cánticos ejecutados durante las ceremonias funerales⁵⁰.

Existe en determinadas necrópolis de la Alta Andalucía, concretamente en Robarinas, un punto importante por el que se puede atisbar la concepción espiritual del hombre, en su tránsito de la vida terrena a la de ultratumba. Son las tumbas cenotáficas⁵¹. Estas se construyeron, probablemente por variedad de circunstancias. En los campos de batalla si todos los cuerpos no son recuperados se erigían uno o varios cenotafios y se colocaban ofrendas como si fueran tumbas. Así, los enterramientos, concretamente en Robarinas, son normales, excepto por la ausencia

⁴² B. GRIÑÓ, R. OLMOS, *La pátera de Santisteban del Puerto (Jaén)*, MAN, Catálogos y monografías. Estudios de iconografía I, Madrid 1982, págs. 30 ss., láms. 7 ss.

⁴³ Sobre la iconografía de los vasos griegos, especialmente los hallados en el Sur, B. GRIÑÓ y R. OLMOS, *La pátera de Santisteban del Puerto...* passim. R. OLMOS «Interprétations ibériques de vases grecs: la IV^{ème} s. av. J.C.», en *Ancient Greek and related pottery* V, Amsterdam 1984, págs. 218-223.

⁴⁴ J. M. BLÁZQUEZ, *Primitivas religiones*, vasos de Liria con danzas edetanas, págs. 206 ss, figs. 133-135; Tossal de Manises, pág. 185, fig. 109. En este volumen se reproduce asimismo un vaso del Cigarralejo, donde los guerreros armados con el escudo de La Tène llevan lanza al hombro y marcan paso de danza, se acompaña de un tocador de lira y un aulista, fig. 138.

⁴⁵ P. LEÓN, «Plásticas ibérica e iberorromana», en *La baja época de la cultura ibérica*, págs. 189 y 194.

⁴⁶ R. GARCÍA SERRANO, «Dos piezas escultóricas ibéricas de la provincia de Jaén», *Oretania* 28-33, 1969, págs. 230-231, fig. 1.

⁴⁷ J. M. BLÁZQUEZ, *Primitivas religiones...*, pág. 207, fig. 132.

⁴⁸ J. M. BLÁZQUEZ, *Primitivas religiones...*, pág. 113, fig. 68.

⁴⁹ Entre otros, Jueces 11.34; 1 Sam. 18, 6; II Sam. 6.5; I Par. 15.29; II Sam. 6.14; Sal. 149,3; 150,4.

⁵⁰ M. ALMAGRO GORBEA, *El Bronce Final...*, pág. 381.

⁵¹ En Robarinas se hallaron varias tumbas cenotáficas, entre las que destaca una urna tapada con un plato, asociada a un grupo de enterramientos (XVII y XVIII), y una tumba de estructura tumular rodeada de una cenefa de cantos rodado, cf. M. P. GARCÍA-GELABERT, *La necrópolis del Estacar de Robarinas*, págs. 483-487.

del cuerpo, lo que parece sugerir, efectivamente, que el rito completo de enterramiento pudo ser llevado a cabo, excepto la incineración, porque el cuerpo extraviado no había recibido la ejecución de los ritos en otro lugar. Generalmente los huesos en las urnas debían ser preparados con un unguento o grasa especial para su conservación. Ello se documenta en los funerales de Patroclo: «Los huesos fueron encerrados en una urna cubierta por doble capa de grasa» (Il. XXIII) o en los de Aquiles: «Después de apagar con vino los restos de la hoguera preparamos (los huesos) con un unguento especial para que se conserven, colocándolos luego en un ánfora de oro» (Od. XXIV). Es muy probable que si así fue también en el Estacar de Robarinas, es decir, si se les aplicaba alguna sustancia ritual a los huesos en las urnas, esta misma sustancia fuera introducida en las urnas cenotáficas, en función de unos restos que descansaban en otro lugar. De todas maneras es una hipótesis porque, de haber existido, desapareció, al ser perecedera. En la Antología Palatina se alude también a los cenotafios⁵².

En líneas generales el que un cadáver no recibiera sepultura se consideraba en la antigüedad como uno de los peores males que podían suceder a una persona. Ello está incluso en la mentalidad de la civilización actual. En la Grecia arcaica el no ser incinerado o en cualquier caso sepultado, constituía una verdadera desgracia. Buena prueba de ello lo proporcionan los poemas homéricos⁵³. También en la Biblia, se documenta la misma idea, mientras combatían David y Goliat, se cruzaban entre ellos las amenazas de dejar el cuerpo del vencido sin sepultar, para que las aves del cielo y las bestias del campo se lo comieran (Sm.17, 44-46).

Esta concepción de la vida de ultratumba, en función del destino del cuerpo, en el Mediterráneo oriental, y también en la Península Ibérica, a juzgar por lo expuesto, se encuentra en oposición con la costumbre vaccea y céltica, probablemente para determinados casos, según narran C. Eliano (*De nat. anim.* 10,22) y S. Itálico (III, 341-343), de abandonar los cadáveres de los guerreros a la intemperie para que fueran devorados por los buitres.

Las necrópolis, en general, se orientan conforme a un eje imaginario Este Oeste. Es este el caso de la de Robarinas. Esta tendencia puede ir acorde con

una serie de creencias, probablemente relacionadas con el curso del sol, que en su carrera representa las diversas fases de la vida, nacimiento, cénit, muerte, en ritmo continuo y renovador⁵⁴.

Se ha de hacer constar, por último, que la necrópolis del Estacar de Robarinas se asentó sobre un lugar que ya estuvo sacralizado desde antiguo, a juzgar por los restos cerámicos, no relacionados con los ritos funerarios, pero que están indicando actividades culturales, no conocidas. Dichos fragmentos se asignan a la fase Muela I de Castulo⁵⁵. Es por ello que pudiera pensarse que siendo consideradas las necrópolis como ámbitos sagrados, los pobladores oretanos decidieron enterrar a sus muertos precisamente en aquella zona sacralizada por sus antepasados de la última fase de la Edad del Bronce. Posteriormente, la necrópolis sigue utilizándose, es decir, en época romana. Tumbas importantes de este período, de piedra, están siendo absolutamente expoliadas actualmente, de ahí nuestro conocimiento de ellas. Un hecho similar se produjo en derredor del monumento funerario de Pozo Moro. La aparición en torno del monumento, ya derruido, de una necrópolis fechable desde mediados del siglo V a.

⁵⁴ En Cabezo Lucero, en líneas generales, toda la necrópolis tiende a orientarse Este-Oeste y es un dato significativo el que las falcatas de los ajuares guarden siempre dicha orientación. E. A. LLOBREGAT, «Cabezo Lucero...», pág. 15. En Castellones de Ceal la orientación generalizada es también Este-Oeste, C. FERNÁNDEZ CHICARRO, «Prospección arqueológica...» I, pág. 96, la tumba I, una cista, tiene su eje mayor orientado Este-Oeste; id., «Prospección arqueológica...» II, pág. 107, la tumba 5, orientada Este-Oeste; pág. 112, la tumba de cámara con similar orientación (la puerta al poniente). En Cerrillo Blanco, Porcuna, en la necrópolis de inhumación de los siglos VII-VI a. C. el eje mayor de las tumbas se orienta Este Oeste, J. F. TORRECILLAS, *La necrópolis de época tartésica del Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén)*, Jaén 1985, pág. 111. La tumba de cámara A. de la Bobadilla se orienta Suroeste-Nordeste, J. MALUQUER, M. PICAZO, M. A. DEL RINCÓN, «La necrópolis de la Bobadilla...», pág. 15. La necrópolis de Setefilla Noroeste-Sudeste, M. E. AUBET, «La necrópolis de Setefilla en Lora del Río...», pág. 107. La de la Cruz del Negro Este-Oeste, G. BONSOR, *Les colonies agricoles...*, págs. 76 ss. La necrópolis de Medellín, Norte-Sur, M. ALMAGRO GORBEA, *El Bronce Final...*, pág. 379. En Cartago las tumbas en el siglo V a. C. se orientan hacia el Este o Sudeste y a partir de finales del siglo V a. C. y comienzos del siglo IV a. C. en dirección Nordeste, P. CINTAS, *Manuel d'Archeologie Punique II*, París 1978, págs. 249-255.

⁵⁵ J. M. BLÁZQUEZ, M. P. GARCÍA-GELABERT, F. LÓPEZ PARDO, Castulo V, *EAE* 140, 1985, págs. 222-227, se sitúa cronológicamente la fase Muela I a partir de finales del siglo VIII hasta la primera mitad del siglo VII a. C.

⁵² *Antología Palatina*, XIII, 27; VII, 273-497, 506, 539, 652 y 654.

⁵³ Il. I. 2.5; Il.391.3; XI.451.4; XV.347.51; XXII.66.76; XXII.82.9; XXII.227.43; XXXIII-179-7; XXIII.69. Od.III. 256.61.

C. hasta el siglo I d. C. evidencia la perduración de la memoria de aquel como lugar sacro⁵⁶.

La perduración en la memoria tribal, después de cuatro siglos, de la tradición sacra del lugar es importante. Está denotando una transmisión oral de las gestas sucedidas en el seno de un pueblo a través de los siglos; noticias conservadas de padres a hijos, al correr de los tiempos y sucederse las generaciones. Probablemente los ancianos tuvieron una parte importante en estas transmisiones orales. En toda civilización arcaica los ancianos constituyen las personas más respetadas de la tribu. En los textos clásicos alusivos a la Península, la potestad de los ancianos se reconoce en varias ocasiones, por lo que sabemos que los pueblos peninsulares no fueron una excepción en cuanto al respeto a los mismos. Se alude a ellos como representantes de las tribus, como componentes de las asambleas y como consejeros de la juventud⁵⁷.

La historia de las mentalidades ha establecido que las actitudes hacia la muerte y las crisis de la vida, cambian a través de los tiempos, como resultado, entre otros, de cambios demográficos, tecnológicos, sociales, económicos, políticos e intelectuales. Si bien ello está comprobado, lo está también la existencia de un pensamiento coincidente y permanente en la mente humana desde los tempranos tiempos de la Prehistoria, la tendencia a perdurar más allá de la muerte, el rechazo de la nada, el deseo de continuidad personal y de la especie, lo cual ha conformado, en la mayoría de los casos, el ideario religioso de un pueblo.

Estas ideas, conscientes o inconscientes, según los casos, son la motivación, más o menos velada,

⁵⁶ M. ALMAGRO GORBEA, «Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto socio-cultural...», pág. 220. En las necrópolis de Baños de la Muela y los Patos, también de Castulo, se documenta, asimismo, este fenómeno.

⁵⁷ Se alude a los ancianos en los textos greco-latinos, DIODORO escribe: «contestó (a los romanos) uno de los ancianos de Segeda» (31,39). En el asedio de Lúculo contra Cauca: «...Los ancianos se presentaron a Luculo con coronas y ramos» (APIANO, Iber 50-52). A los legados romanos que pasaron a España, posteriormente a la caída de Sagunto, para recabar de los pueblos de la Península su adhesión, les contestó en el consejo de los volcianos «el de mayor edad entre ellos» (LIVIO, 21,19,6), o en el año 179 a. C. enviados legados por los celtíberos a Graco «tomó la palabra el de más edad» (LIVIO 40,47). En Lutia los jóvenes optaron por aliarse con los numantinos, pero «los ancianos avisaron a Escipión» (APIANO, Iber 93), también durante las guerras numantinas «los ancianos reprocharon a los derrotados (por Escipión) ...el haber huido de aquéllos a quienes tantas veces habían puesto en fuga» (Plut. Apoph. 21).

con un ideario religioso más o menos complejo y profundo, conforme al grado de civilización, que estimularon las ceremonias llevadas a cabo sobre los cuerpos, antes y después de su enterramiento. Es pues esta la base sobre la que se configuraron las ceremonias funerales en la necrópolis del Estacar de Robarinas, al igual que en el resto de las necrópolis, no sólo de su época, sino de todas las épocas.

Implican estos ritos una concepción de última morada, terrena o supraterrana, en contacto ya con el mundo de los muertos o en su caso, con la divinidad de éstos. Y esta morada se procura que disponga de todas las condiciones requeridas por los preceptos religiosos, para que la supervivencia en el inframundo o mundo de los muertos o sus ánimas, sea más fácil. Este mundo no sabemos como era concebido por el pueblo ibero y aquí sí que no es posible aducir paralelismos, al menos nosotros somos de esta opinión. Cada religión tiene su particular idea de la vida con posterioridad a la muerte y de la del pueblo ibero no se conocen datos, por más que se conozcan rituales relacionados con ella. Desde luego se puede asegurar, y esto es importante, su creencia en la vida de ultratumba, sea cual fuere, pero no inferimos la calidad de esa vida. No obstante, el propio fenómeno de sacralizar la tumba está claramente denotando que el ente humano es trascendente a la muerte, aunque a decir verdad no se conoce en qué forma y en qué grado era concebido el ente espiritual en el tránsito de la vida mortal a la vida de ultratumba. En Robarinas los materiales funerarios son testigos de rituales varios: vasijas rotas intencionadamente —de fabricación local o importación—, probablemente después de efectuar un ritual de libación concreto u ofrenda de comida. Estas ceremonias hubieron de tener un sentido religioso, además de un claro significado de prestigio social. Sentido religioso también lo tendría la cantidad y calidad de los depósitos de ofrendas relacionados con el fuego, donde se inmolaban víctimas, en Robarinas animales domésticos, y se quemaban determinadas sustancias vegetales.

Estas ceremonias se habían de celebrar en honor del difunto, de las divinidades protectoras de éstos, no conocidas aún por los estudiosos del tema, hacia las que marchaban, y además, para propiciar las intenciones del difunto hacia los vivos. Sean estas o no las causas de los ritos que se ejecutaban en Robarinas en torno a las tumbas, y a los cuerpos de los fallecidos, hubieron, creemos, de tener un significado muy próximo y, desde luego, están indicando una concepción espiritual y trascendente de la muerte, alejada del materialismo.

Madrid, marzo de 1987